

Entrega de la Presea Sor Juana Inés de la Cruz a Sara Poot Herrera*

CARMEN BEATRIZ LÓPEZ-PORTILLO ROMANO

*El conocimiento que adquirimos del otro se vuelve ético
cuando impedimos que ese conocimiento sea seguro, infalible, definitivo;
cuando velamos por descategorizar al otro tras de cada categorización.*

Emmanuel Levinas

*A ti, obscuridad de la que descendo,
te amo más que a la llama
que al mundo pone límite*

Rainer Maria Rilke

Dicen quienes saben que del total de materia existente en el universo apenas 5% es visible. Lo demás no emite ningún tipo de radiación, es materia oscura y es energía oscura: una incógnita, un misterio cuya existencia se infiere de los efectos observables en el mundo de la luz. Pareciera que el universo vela pudorosamente la potencia de su ser, la fuerza de atracción, la velocidad, el calor, tantos fenómenos que la dimensión de lo invisible ejerce sobre los objetos celestes.

En el ámbito de lo humano, en la realidad en la que nos vinculamos con los otros, incluso con el planeta, pasa algo similar a lo que observamos en el ma-

crocosmos: apenas somos capaces de percibir la luz refractada en la superficie; el rango reducido de sonidos, de colores, de movimientos, de vibraciones; eso que aparece y que es apreciable por los sentidos del observador y referido a su propio sistema de observación. Lo otro, la mayor parte del ser que es, queda velado, oculto, y sólo quien lo vive tiene acceso a esos hilos de protoplasma en el cerebro.

Los *qualia*, dicen quienes saben, son esas experiencias conscientes individuales, privadas, subjetivas y no comunicables o apenas, que cada ser humano vive gracias a que cuenta con un manto neuronal –del tamaño de un pañuelo– responsable de la conciencia, de la memoria, de la capacidad de elección, del

lenguaje, de la imaginación. Sin ese cúmulo de neuronas piramidales conectadas con el tálamo y entre sí y las que conforman circuitos locales, no nos sabríamos ser siendo, no seríamos capaces de recordar, de imaginar. Así de frágil nuestra *yocidad*, que tiene la soberbia de creer que algo entiende, de crear un orden propio.

Otra parte de la veladura del ser se queda en las membranas del silencio y de la obscuridad que todo lo sostienen; en esa bolsa inagotable de las posibilidades, como lo llamaba mi padre, en donde coinciden, azarosas, las partículas mínimas del ser, las letras y los signos que nos hemos inventado; los colores primarios y sus combinaciones, que vemos gracias a los conos retinales; las notas musicales convertidas en ondas sonoras, que hacen vibrar el tímpano, los huesecillos, el alma; y la infinita posibilidad de combinaciones de conductas, decisiones, formas, esa infinidad de variables que hacen que la vida sea rica y posible y que valga la pena ser vivida.

Dicen quienes saben que de las cerca de treinta y cinco mil decisiones que tomamos al día casi 99% las toma el cerebro de manera automática, mecanizando procesos que se repiten. Entonces, sólo somos conscientes de 1% de lo que nos pasa, de lo que decidimos, y muchas de esas decisiones están definidas por variables de las que tampoco somos del todo conscientes, que dependen de la carga genética, del sistema socio-cultural, del entorno familiar, de la alimentación, del clima, de los colores, de los ritmos que fluyen en la sangre y que entibian nuestra piel.

Así las cosas, tal vez la única manera de vislumbrar al otro sea a partir de la observación de los efectos que en nuestra propia vida produce, intuir cómo su presencia incide en la realidad y, acaso, en la vida de los demás. Para vislumbrar al otro, a la otra, tenemos que volver de azogue nuestra piel, nuestros ojos, nuestros oídos, nuestra lengua, para reflejar la luz, las vibraciones de onda que los otros producen. Sólo la capacidad de escucha, el amor y la humildad nos abren a la intuición de las otras presencias. La forma de descubrir el horizonte cósmico y los movimientos estelares es con ayuda de los espejos, esos objetos que no se someten a las leyes habituales del espacio. *Speculum*: instrumento para mirar; observar el cielo a través de la superficie de esos objetos reflejantes que

son los espejos. Es conocimiento indirecto y lunar, abierto a lo infinito.

Y todo este periplo viene a cuento porque llevo días revoloteando en la dimensión sárica, buscando diferentes especulaciones, aproximaciones para reflejar algo de la verdad de la presencia que hoy nos convoca: la doctora Sara Poot Herrera. Sara, Sarita, Saritísima, Sarule, Saritiux, Xtupita y tantas otras maneras de nombrarla. Lo reitero siempre: para mí, ella cumple, ha cumplido esa etimología poética que afirma que la palabra *amigo* viene de *animi* –alma– y *custos* –custodia–, es decir, *el que cuida del alma*. Sara es, ha sido una amiga que me ha ayudado a cuidar de mi alma.

Les confieso que, para hablar de las razones del otorgamiento de la Presea Sor Juana Inés de la Cruz a Sara, no quiero abordar esa porción mínima de ella que está a la vista de los sentidos: los títulos, los premios, los trayectos, la trayectoria, eso que podemos conocer a través de cualquier buscador en internet. Quiero evitar la banalidad de los datos que marcan y encajonan el ser que somos en una versión irreversible, plana, unívoca. No quiero dar razón de las evidentes razones del merecimiento. No quiero mirar tan sólo por la rendija, meter las narices y aventar una etiqueta calificativa que la contenga pero la limite. Creo que para aproximarnos al otro debemos internarnos despacio para entender poco a poco, en la obscuridad interior, en la energía compleja que no vemos, la intención invisible, los pequeños, breves indicios de la substancia de que estamos hechos. Rilke se me hace de nuevo presente:

A ti, obscuridad de la que desciendo,
[...] obscuridad que todo lo contiene:
formas y llamas, las bestias y a mí mismo,
y cómo apresa a hombres y potencias...

Y puede ser: una inmensa fuerza
en mí se agita.

Creo en las noches.

Quiero, quisiera asomarme a esa dimensión velada de Sara, esa que apenas nos deja vislumbrar a través de tangencias que afectan, como puntos de gravedad y

de atracción, nuestra vida y la vida de la comunidad, de nuestro Claustro. A veces sólo lo inmediato nos parece real. Cuando queremos recordar, nos damos cuenta de que sólo quedan jirones, detritus, sedimentos de la vida; que aquello que alguna vez conjugamos en presente se queda en esa zona oscura del tiempo y de la interpretación. Somos seres en perpetuo hacerse, y el problema de mirarnos en los ojos de otros es que luego nos quedamos con la responsabilidad de arriar ese ser que la vida cotidiana y las palabras nos hacen encarnar. Hay veces en que los espejos donde nos miramos nos devuelven espantajos irreversibles que acorralan porque no saben leer más que lo ya mirado o leído por otros. Así, quisiera aventurarme a hablar de Sara como si la mirara por primera vez, en un presente abierto, posible; ir a solas y a tientas, aceptar el riesgo de descubrir lo inédito, acoger su vida desde la inocencia, hablar desde el asombro tratando de dibujar una imagen justa de su vida y de nuestras razones para honrarla. No quiero leerla en la superficie, sino liberarla de la cadena de representación habitual. Quiero tratar de desentrañar sus silencios, la delicadeza de su humor y esa manera que ella tiene de estirar el tiempo o de condensarlo, de darle volumen, de llenarlo de contenido, de sentido, de intención, de amor por los demás, de amor a la vida, de amor a sus raíces y a este país que evidentemente la conmueve.

Dicen quienes saben que la estructura de nuestro mundo se basa en tres dimensiones espaciales: largo, ancho y alto, pero que también se basa en una cuarta dimensión, una que no podemos controlar: el tiempo. De acuerdo con la teoría propuesta por Einstein, el mundo es relativo y no posee más que una dirección, donde el tiempo y el espacio aparecen intrínsecamente conectados. Y si el espacio tiene tres dimensiones, ¿es posible que el tiempo también las tenga? Es decir, ¿podemos pensar en un tiempo lineal, en uno bidimensional y en uno volumínico, tridimensional? La teoría de supercuerdas afirma que existen hasta ¡once dimensiones! Claro, es algo que hace estallar nuestra mente y sólo es comprensible a partir de fórmulas matemáticas. No se preocupen, no voy a seguir por ahí. Pero sospecho que Sara conoce bien muchas otras dimensiones, que vive en un tiempo bidimensional y, si mucho me apuran, tridi-

mensional. Ella es capaz de hacerse presente siempre, de responder un mensaje a la hora de que éste le fue enviado y, en el lugar más inesperado, es capaz de escribir un poema mientras atiende una ponencia. Es capaz de abordar el pasado y revivirlo. Creo que Sara ha descubierto la manera de otorgarle a la memoria distintas dimensiones. Recuerda el momento preciso en que cayó una esfera en el espacio que hoy nos cobija, los nombres de tantos personajes de ficción y los de las amadas hermanas de Sor Juana, la letra de una canción y los versos de una loa, el color de los zapatos que alguien traía puestos el día que lo conoció, el vestido de florecitas que Rosa *divina que en gentil cultura* usaba cuando más joven, el tema tratado en una lejana plática, la ponencia escuchada en un congreso. Sara es hipermnésica. No me asombraría que creara una dimensión bi o tridimensional de la memoria y que tuviera la habilidad de recordar cuando recordaba que recordaba, en un mecanismo de espejos juguetero e interminable.

Sara suele invitar a sentarse a la mesa a Rulfo, Nabokov, Paz, Fuentes y Pacheco, a Arreola y Josefina Vicens, a Luis Leal, Pitol, Borges y Nellie Campobello, a García Ponce y Monsiváis; y, por supuesto, de viva voz y a todo color la comparte hiperbólicamente con Margo Glantz, con Elena Poniatowska, con David Huerta. Y, generosamente, con quienes la rodeamos hoy. Sara sabe inventar universos paralelos, sabe darle a nuestro universo nuevos sentidos, como si fuera un demiurgo, una narradora omnisciente, traviesa, capaz de darle otro significado a las palabras, llenarlas de humor, jugar con ellas. Sara sabe hablar de la conciencia y de la nostalgia, de los tiempos conjugables de los verbos, de la memoria, de los amores prohibidos y de los caracoles, de la resignación, de los laberintos y de las sillitas al sol, de la luz, de los zapatos, de las vísperas, de los sonetos, de los hábitos y de los corazones enredados, de la muerte, de las batallas genealógicas y de las ausencias, de la sangre y de las campanas, de los feminismos, de los nocturnos y de las coincidencias, de las piedras y de los galopes, de los tinteros y de las hogueras, de las viudas, de los criollos, de las ferias y de los mercaderes, de las flores de lis y de las rosas, de la realidad y de la fantasía, de las migrañas y de las migraciones, de los colores y de los olores de Yucatán a donde ella no va sino a

donde ella entra... Ella que nació en la emeritísima Mérida: Sara meridiana, Sara recorriendo latitudes, Sara ubicua, Sara pequeña migrante, Sara maestra, Sara transitando de la enseñanza en escuelas rurales a las cátedras en las universidades de todo el mundo, Sara de Atequiza y los Altos de Jalisco a Reikiavik, Sara del Colegio de México a Bellas Artes, Sara de Nepantla a Düsseldorf, Sara de las llaves de una vida que su madre le entregó una tarde tibia, Sara del presente que ha creado en Santa Bárbara. Todos los espacios por ella habitados la reclaman como propia, incluso este Claustro, del que ella no egresó sino al que es ingresada –Sara *dixit*–, para nuestro orgullo y mi alegría.

Acaso, al igual que en el cosmos, el núcleo del ser del otro es algo que inferimos por sus efectos, por la manera como su vida, su ejemplo, su conducta, sus actos, sus decisiones, su forma de ser, inciden en la vida de los demás. Así, la única manera que encuentro para hablar de Sara y de las razones para entregarle la Presea Sor Juana Inés de la Cruz es a partir de la luz que de ella percibimos y, sobre todo, de la energía que de ella no vemos pero que influye, que ha influido en mi vida y en la vida de quienes forman parte de esta comunidad; energía que nace, en la consonancia de su cosmos, como expresión consumada del amor que la habita y nos conmueve.

Es la palabra el único instrumento con el que contamos para rozar, para recorrer el ser del otro. Son fragmentos de escritura a través de los cuales rompemos la linealidad del tiempo para darle libertad, para que –como sugiere Sara– giren e irradian hacia ámbitos y tiempos diversos.

Sara ha acompañado a nuestro Claustro casi desde el inicio de mi tránsito por él. Ella ha sido puente de acceso, reflejo de obsidiana y camino de búsqueda; lupa, telescopio y metáfora que me, que nos ha acercado a la comprensión de la vida, de la obra del ser tutelar de esta casa: nuestra Sor Juana Inés de la Cruz. Su inspiración y su ejemplo nos han permitido cumplir la misión principal de nuestra vocación. Ése ha sido uno de los efectos de la energía invisible de Sara: la generosidad, tan natural de ella y tan elegante, con la que nos comparte su saber, sus hallazgos, su

tiempo, sus consejos; gestos que otorga como gracia y que acrecientan nuestro ser, que lo inspiran, que le dan sentido. Eso que Sara otorga lo hace desde el pudor; no hace alarde de todo lo que es y sabe. Por eso pienso que es como la fuerza gravitacional de tantas vidas, una fuerza de atracción que no se ve pero sí se siente y se agradece.

Si con alguien Sara se ha sentado a dialogar es con Sor Juana. Una tercera parte de sus escritos tratan sobre la monja jerónima, además de festejos y congresos nacionales y mundiales organizados por ella misma para hablar de aristas, planos, datos, temas, referencias y profundidades de la vida y de la obra de la Musa Décima: las prendas menores de los empeños de una casa; las voces, los ecos, las caricias de las loas; la actualidad de la mirada; la fuerza, los hechizos; la noche funesta, el lugar de filigrana, los corazones enredados; la boca del lobo, la carta de Serafina; las plumas, las diversidades; las cartas públicas, las cartas privadas; la discreción, los enigmas, la risa; los guardaditos, los tinteros, las hogueras; el amor, los humores; los ruidos, las claves en el convento; la diversión de la virreina; el hábito que sí hace a la monja, las campanas, la profesión de fe, los domingos; los nombres propios, los nombres de ocasión; los galanes, las damas, los vecinos y los paisanos de Sor Juanilla, tan muchacha. Sara ha iluminado con su saber a Sor Juana en este Claustro y la ha hecho recorrer con ella tantas geografías. Sara ha iluminado la imagen de México en las mentes y en los corazones de quienes nos miran desde fuera.

Hoy nuestra casa de estudios le entrega a la doctora Sara Poot Herrera la Presea Sor Juana Inés de la Cruz. Lo hacemos con admiración, con este sentimiento de alegría, este contento que sentimos ante sus cualidades gravitacionales y en reconocimiento por acompañar, por fortalecer, por darle ritmo, alegría y color a nuestro paso desde su generosidad y su gracia. Lo hacemos también con cariño y con agradecimiento por cuidar del alma de nuestro Claustro. ●

* Este texto lo escribí para ser leído durante la ceremonia de entrega realizada en noviembre de 2021 y lo hemos editado para publicarlo en el presente número de *Inundación Castálida*.